

muy bien es que tú padezcas—lo que él padeció por tí,
que la muerte se ha de dar—á quien hace á otro morir» (1).

(Romance que trata sobre la muerte que dió Pirro, hijo de Aquiles, á la muy linda Policena. Pliego suelto gótico de la Biblioteca de Campo-Alange, hoy de la Nacional. Hay otra edición, muy posterior, en que el romance se dice compuesto por Francisco Sánchez de Guevar, vecino de la villa de Ocaña. Impreso con licencia en Alcalá de Henares. Año de 1604.—Gallardo, *Ensayo*, IV, 471 y 1062.)

33.

Romance de Policena.

Triste estaba y muy penosa—aguesa reina troyana,
desque así se vido sola—viuda y desamparada,
por ver á sus hijos muertos—y su ciudad asolada,
y la linda Policena—en el templo degollada,
sobre el sepulcro de Aquiles—por Pirro sacrificada.
«¿Dí, traidor, cómo podistes—en mujer vengar tu saña?
¿No bastó su hermosura—contra tu cruel espada?
¿Qu'es de París y de Héctor?—¿Qué es de la su enamorada?
¿Qu'es del hermoso Deifebo—el hijo que más amaba?
¿Qu'es de mi hijo Troillo—el que consejos me daba?»

(Glosa de la reina troyana, y un romance de Amadis, hecho por Alonso de Salaya. Pliego suelto gótico.—Gallardo, *Ensayo*, IV, 318 319.)

(1) Este romance va acompañado, en ambos pliegos sueltos, de una glosa, á estilo trovadoresco, hecha por Villatoro, de quien hay otras poesías análogas.

34.

Romance de Leandro y Ero, y cómo murió.

El cielo estaba fiublado,—la luna su luz perdía,
los vientos eran tan recios—que el mar espanto ponía,
cuando la hermosa Ero—muy penada se sentía;
aguardando está Leandro—á quien mas que á sí quería,
asomóse á la ventana—de la torre do vivía.
Los ojos levanta al cielo—por ver qué tiempo hacía,
nocturna y muy tenebrosa—la noche le parecía,
los truenos con sus dislates—mucho miedo le ponían,
su corazón se desmaya—con el temor que sentía,
la seña que era la lumbre—l'ayre no la consintía,
púsola dos ó tres veces,—tantas en tierra caía,
viendo tan triste señal—por agurio (*sic*) la tenía,
con una voz delicada—desta manera decía:
«¡Oh dioses! ¿y qué es aquesto?—¿Por qué robais mi alegría?
¡Oh mis hados, y en tal punto—mostrais vuestra tiranía!»
Con estas lamentaciones—la media noche venía;
cansada se siente Ero,—mas por eso no dormía,
con temor está aguardando—hasta que viniese el día,
mirando al pié de la torre—por ver si algo vería.
Un bulto vido en la arena—pero no lo conocía,
el corazon se lo dice—mas ella no lo creía,
mirando de hito en él—muy claro lo conocía:
conoció que era Leandro—por quien pena padecía;
el corazon se le aprieta,—el alma se le salía,
la color del fresco gesto—pura tierra parecía,
sus manos muy delicadas—de rato en rato torcía,
con este tormento fuerte—mil veces se amortescía:
desque ya en sí tornada,—¡oh qué llanto que hacía!
Maldice su desventura—y la vida en que vivía;
hablando está con el cnerpo—como si tuviera vida:

«Díme, cuerpo, ¿qué es del alma—do partiste compañía?
¿Qué es de la fé que me diste?—¿Cómo dejaste la mía?
Ó mi leal amador,—do la lealtad vivía,
no quiero vivir sin tí,—que el vivir muerte sería,
recíbeme allá contigo,—y ansina descansaría.»
Estas palabras diciendo—de la torre se caía.

(Tercera parte de la *Silva*, fol. 122 vuelto.)

35.

Romance de Alixandre.

Morirse quiere Alixandre—del dolor del corazón:
envió por los maestros—cuantos en el mundo son.
Envió por Aristótil,—el ayo que lo crió.
El ayo desde que lo supo—cabalgó, y no se tardó:
jornadas de quince días—en cinco las caminó;
descabalgó de la mula,—cerca del rey se asentó,
y tomóle por la mano,—luego el pulso le cató.
—¿Qué vos parece, maestro,—deste mal que tengo yo?
—Á mí parece, señor,—ques gran mal de corazón:
faced vuestro testamento,—poned vuestra alma con Dios (1).

(Barbieri, *Cancionero Musical de los siglos xv y xvi.*, número 322.)

(1) Este romance, que sin duda alguna no está completo, era ya muy popular en 1492. Cita los dos primeros versos el Maestro Antonio de Nebrija en su *Gramática Castellana* (capítulo VII):

Morir se quiere Alexandre
de dolor del corazón.

Envió por sus maestros
cuantos en el mundo son.

«Los que lo cantan, porque hallan corto e escasso aquel último espondeo, suplen é rehazen lo que falta; por aquella figura que los gramáticos llaman paragoge: la qual, como dirémos en otro lugar, es añadidura de sílaba en fin de la palabra, é por *corazón é son* dicen *corazone é sone.*»

36.

Romance de Landarico.

Para ir el rey á caza—de mañana ha madrugado,
entró donde está la reina—sin la haber avisado;
por holgarse iba con ella—que no iba sobre pensado.
Hallóla lavando el rostro—que ya se había levantado,
mirándose está á un espejo—el cabello destranzado.
El rey con una varilla—por detrás la había picado;
la reina que lo sintiera—pensó que era su querido (*sic*).
«Está quedo, Landarico»—le dijo muy requebrado.
El buen rey cuando lo oyera—malamente sa ha turbado.
La reina volvió el rostro—la sangre se ha cuajado.
Salido se ha el rey—que palabra no ha hablado,
á su caza se ha ido—aunque en ál tiene cuidado.
La reina á Landarico—dijo lo que ha pasado:
«Mira lo que hacer conviene—que hoy es nuestro fin llegado.»
Landarico que esto oyera—mucho se (ha) acuitado.
«¡En mal punto y en mal hora—mis ojos te han mirado!
¡Nunca yo te conociera—pues tan cara me has costado!
Que ni á tí hallo remedio—ni para mí le he hallado.»
Allí hablara la reina—desde que lo vió tan penado:
«Calla, calla, Landarico—calla, hombre apocado;
déjame tú hacer á mí—que yo lo habré remediado.»
Llama á un criado suyo—hombre de muy bajo estado,
que mate al rey, le dice—en habiéndose apeado,
que sería á boca de noche—cuando oviese tornado.
Hácele grandes promesas—y ellos lo han aceptado.
En volviendo el rey decía—de aquello muy descuidado;
al punto que se apeaba—de estocadas le han dado.
«¡Traición!» Dice el buen rey—y luego ha expirado.
Luego los traidores mismos—muy grandes voces han dado:
criados de su sobrino—que habían al rey matado.

La reina hizo gran duelo,—y muy gran llanto han tomado;
aunque en su corazón dentro—otra cosa le ha quedado.

(Pliego suelto de la Biblioteca de Praga. Apud Wolf, *Ueber eine Sammlung spanischer Romanzen in fliegenden Blättern*.)

37.

Romance de amor.

En el tiempo que me ví—más alegre y placentero
encontré con un palmero —que me habló y dijo así:
«¿Dónde vas el caballero?—¿Dónde vas, triste de tí?
Muerta es tu linda amiga,—muerta es que yo la ví;
las andas en que ella iba—de luto las ví cubrir,
duques, condes la lloraban,—todos por amor de tí;
dueñas, damas y doncellas—llorando dicen así:
«Oh triste del caballero—que tal dama pierde aquí»

(Pliego suelto de la Biblioteca de Praga. Apud Wolf, *Ueber eine Sammlung spanischer Romanzen in fliegenden Blättern*, 277.)

38.

Romance de amor.

Triste está la gentil dama,—triste está que no riendo,
Asentada en un estrado—franjas de oro tejiendo,
las manos tiene en la obra,—y el corazón comidiendo,
llorando de los sus ojos,—de la su boca diciendo:
«¡Ay por vos, niño chiquito—vivo yo triste muriendo,
que vas á tierras ajenas—lueñas tierras conociendo!
Por tí mis rotas entrañas—del todo se van rompiendo.
Dios te deje crecer, hijo,—y á su madre t'en comiendo:

que te haga más dichoso—que con ventura naciendo;
que el pecado que otro hizo—tu niñez lo va sintiendo» (1).

(Pliego suelto de la Biblioteca de Praga, donde el romance va acompañado de una glosa. Wolf, *Sammlung*, 273.)

39.

Romance que hizo un galán alabando á su amiga.

De la luna tengo queja—y del sol mayor pesar;
siempre lo hubieron por uso—de no dejarme holgar.
¡Maldita sea la fortuna—que así me quiere tratar!
Nunca me da bien cumplido—ni menos mal sin afan,
por una hora de placer—cien mil años de pesar.
Yo me amaba una señora—que en el mundo no hay su par.
Las facciones que ella tiene—yo vos las quiero contar:
tal tenía la su cara—como rosa en el rosal,
las cejas puestas con arco—color de un fino contray,
los sus ojos tenía garzos—parecen de un gavián,
'a nariz afiladica—como hecha de metal,
los labios de la su boca—como un fino coral,
los dientes tiene muy blancos,—menudos como la sal,
parece la su garganta —cuello de garza real,
los pechos tenía tales —que es maravilla mirar,
y contemplando su cuerpo—el dia viera asomar.

(Pliego suelto de la Biblioteca de Praga. Apud Wolf *Ueber eine Sammlung spanischer Romanzen in fliegenden Blättern*, 276) (2).

(1) Tienen los primeros versos de este romance estrecho parentesco con otros del núm. 30, que colocamos con alguna duda entre los históricos.

(2) Este romance pertenece en rigor á la poesía artística, pero contiene rasgos populares, por lo cual se le da hospitalidad aquí.

40.

Romance caballeresco.

(Fragmento.)

Airado va el escudero—de la ira de su padre;
 los piés levaba descalzos,—las uñas corriendo sangre;
 El caballo lieva de diestro—por amor que no le canse;
 las armas lieva cubiertas—porque no le relumbrasen;
 la lanza lieva tendida,—como home pavorable;
 el podenco de trailla,—por que caza no levante.

(Barbieri, *Cancionero Musical*, núm. 325) (1).

41.

**Romance nuevamente trobado del infante
Turlián y de la infanta Floreta.**

Turbado estaba el infante (2),—el infante Turlian
 en una linda recuesta—que mercaderes le traen
 de la hermosa Floreta,—hija del rey natural.
 Ya se sale muy de priesa (3)—de su palacio real,
 y vase á pedir licencia—al buen rey, sin dilatar,
 y á la reina Leonela—que era su madre carnal;
 fincó rodillas en tierra—las manos le fué á besar,

(1) El mismo Barbieri trae con el núm. 326 el principio de otro romance, al parecer del mismo género:

Dormiendo está el caballero | mensagero le despierta
 que vino muy quebrantado; | del sueño muy pesado.

(2) L'infante.

(3) Muy apriesa.

las palabras que les dice—al rey le hacen llorar (1):
 «Alto rey muy poderoso,—magnífico, singular (2),
 yo suplico á vuestra Alteza—y á la corona real,
 que me deis licencia luego,—y luego sin mas tardar,
 que es mi voluntad, señor,—de me ir á aventurar» (3).
 El rey que aquesto le oyera (4),—bien oiréis lo que dirá:
 —«Calledeis vos, el infante,—no queráis lo tal hablar,
 que sois vos pequeño y niño (5)—para las armas tomar.»
 El infante respondiera—con gracia muy singular:
 «Si no me la dais el rey,—yo me la iría á tomar (6),
 porque el amor es tan grande—que á mí face penar (7),
 que amores de Floreta—me quieren á mí matar (8):
 que de noche yo no duermo,—ni de día puedo estar (9),
 todas horas y momentos—es en ella mi pensar.
 Nuevas me trajeron ciertas (10)—de su fermoso mirar (11),
 de su gracia y atavío,—y (12) su tan lindo hablar.
 Para salvar yo mi vida—me conviene ir á buscar,
 porque si no la fallase (13)—mi vida sería (14) penar.»
 El rey que aquesto le oyera—váselo luego abrazar (15),
 también la reina, su madre,—se lo va (16) luego á besar;
 con lágrimas de sus ojos—le empezaron de hablar:
 «¡Vades con Dios, nuestro hijo,—y él vos haya de guiar! (17)
 Vais con nuestra bendición—que os haya de aprovechar.
 Llevad de mis caballeros—que vos (18) hayan de acompañar,
 llevad con vos (19) al conde Dirlos—que os haya de aconsejar,
 llevad armas y caballo—para haber de cabalgar.» (20) [jar,
 Desde esto oyera el infante—las manos le fué á besar.

(1) Al buen rey hacen llorar.

(2) Magnífico y singular.

(3) Venturar.

(4) Que aquesto oyera.

(5) Que aun sois pequeño y niño.

(6) Yo me la quiero tomar.

(7) Qué á mí me hace penar.

(8) No me dejan reposar.

(9) Puedo holgar.

(10) Nuevas ciertas me trujeron.

(11) De su hermosura y beldad.

(12) De.

(13) Porque si yo no la hallo.

(14) Será.

(15) Á abrazar.

(16) Se lo fué.

(17) Y él vos quiera encaminar.

(18) Os.

(19) Llevareis.

(20) Para vuestro cabalgar.

Ya se partía el infante—aprieta y no de vagar
 con treinta de sus donceles,—que no quiso mas llevar.
 Manda aparejar sus naos—y el aparato real.
 El viento les hace bueno—para haber de navegar.
 Domingo por la mañana—que quería alborear,
 aportado han á un puerto—costa era de la mar,
 reino era de Floreta—la que (1) andaban á buscar.
 Presto se sale el infante,—muy alegre y sin pesar,
 el un pié tiene en la tierra,—y el otro tiene en la mar;
 mirando estaba un castillo (2)—que bien era de mirar,
 era tan fuerte y fermoso—que en el mundo no hay su par.
 Mandara sacar su arnés,—y sus caballeros armar;
 los quince lleva consigo,—para el castillo se van,
 ándarle al derredor (3),—no le fallan por donde entrar (4),
 manda poner una escala (5)—para habello (6) de escalar:
 subiéndose va por ella (7)—que parece un gavilan,
 con él sube el buen conde—por habello de guardar,
 que era su ayo y su tío,—de su sangre natural.
 Descienden por el castillo—muy presto sin retardar,
 íbanse (8) por una huerta,—y por un rico parral,
 por do la infanta Floreta—se salía á deleitar (9).
 Plugo á Dios y á su ventura—que allí la fuera fallar,
 ricamente ataviada—que era cosa (10) de mirar,
 muy lindas damas con ella—que la van á acompañar (11),
 de ricos paños vestidas,—que se salen á folgar. [dar (13).
 La infanta se apartó (12) dellas,—por la huerta se dió an-
 Con la gran siesta que face—dormido se ha so un rosal.
 El infante cuando la vido (14)—á ella se fué acercar (15)

- (1) La cual.
 (2) Cuando miraba un castillo.
 (3) Cercánlo al derredor.
 (4) Por dó entrar.
 (5) Manda poner las escalas.
 (6) Para haberlo.
 (7) Subiéndose va por ellas.
 (8) Y vanse.

- (9) Se solía deleitar.
 (10) Que era gloria.
 (11) Que la van acompañar.
 (12) Se aparta.
 (13) Que sola se quería andar.
 (14) El infante que la vido.
 (15) Á ella llegado se ha.

con alegre corazón,—presto se fuera á turbar (1).
 Mirándola está mirando—que bien era de mirar :
 blanca es como la nieve—y como el claro cristal,
 colorada como la rosa (2)—y como rosa de rosal (3).
 —«Consejo os pido, mi tío (4)—y vos me lo queráis dar (5),
 que tal señora como esta—no es razón de la dejar.»
 El conde que aquesto oyera—le fablara en poridad:
 —«Tomalda luego, el infante (6),—y no os queráis detardar,
 porque si el rey nos sintiese (7)—mandarnos hía matar (8),
 muerte nos dará de traidores (9)—por mas deshonra nos dar:
 todas las gentes del mundo—de nosotros contarán.»
 Tomóla (10) luego en sus (11) brazos,—sin mas nada le fablar,
 con denuedo y corazón,—con esfuerzo singular,
 y vase (12) para el escala (13)—por donde él fuera á entrar,
 y descendi muy de quedo (14)—con el buen conde á la par.
 La infanta á la descendida—muy grandes gritos fué á dar: (15)
 «¡Socorred, mis caballeros,—aprieta y no de vagar,
 que me llevan (16) furtada—para me echar (17) en la mar!»
 El infante que esto oyera,—tal respuesta le fué á dar :
 «Callede, la mi señora,—no queráis fablar lo tal (18);
 que la vuestra hermosura—esta causa quiso dar,
 que saliese de mis tierras—para haberos de buscar.»
 Metido la había en la nao—do sus caballeros están.
 Las doncellas de la infanta—por la huerta gritos dan :
 oído las había el rey—en su palacio real : [tar?»
 «¿Qué es aquesto, las doncellas,—aquesto qué podía (19) es-
 «Óiganos, la vuestra Alteza—muy presto sin detardar,

- (1) Luego se fué á turbar.
 (2) Como rosa.
 (3) Suprimese el y, como pide el metro.
 (4) Consejo os demando, tío.
 (5) Vos me queráis aconsejar.
 (6) Falta el.
 (7) No sintiese.
 (8) Mandarnos ha.
 (9) Con muerte de traidores.

- (10) Tómalda luego.
 (11) En los.
 (12) Íbanse.
 (13) Para la escala.
 (14) Muy quedito.
 (15) Falta el muy.
 (16) Que me llevaban.
 (17) Para echarme.
 (18) No queráis así hablar.
 (19) Qué puede.

que la infanta vuestra hija, —la han llevado por la mar.»

«Armas, armas, caballeros,—empezáos luego de armar;
que me han robado mi hija,—á mi hija natural.»

Muy presto fueron armados—mas de tres mil á la par,
vanse presto á la ribera—á la ribera de la mar (1),
mirando estaban la fusta—do Floreta podía estar,
empiezan á tirar tiros,—cosa era de mirar.

Los marineros del infante—priesa se dan á remar,
el rey ni sus (2) caballeros—no los pueden alcanzar :
vuélvense desconsolados,—muy tristes y con pesar.

El rey juró por su corona—que lo tiene de vengar.

El infante con los suyos,—parado han en la mar,
mandó luego (3) echar las áncoras—no quisiesen navegar,
para hablar á la infanta (4)—y habella de consolar (5).

Todos se (6) iban muy alegres,—contentos y con solaz,
sino era la infanta—que desconsolada está.

Tómala luego en sus (7) brazos—el infante Turián,
echa sus manos encima,—muy dulces besos se dan (8).

Metiéndose en una cámara (9)—adonde él (10) solía estar,
el infante con la infanta—cumplido han su voluntad.

Y desde esto así pasado (11)—empezaran de hablar (12).
Desta manera decía —el infante sin tardar :

«Cesen ya vuestros suspiros,—y vuestro tanto llorar,
pues sois mi vida y mi alma (13)—y vos amo sin dudar,
y (14) Dios tanto bien me hizo—en haberos de hallar.

Mi gloria (15) y mi corazón,—no querades sospirar (16)
por el buen rey, vuestro padre,—ni menos por su reinar :
que yo vos terné servida —á todo vuestro mandar;

(1) Del mar.

(2) Ni los.

(3) Falta el *luego*.

(4) Por hablar con la infanta.

(5) Y haberla de aconsolar.

(6) Falta el *se*.

(7) En los.

(8) Falta este verso en Gallardo.

(9) Metióla en una cámara.

(10) Falta *él*.

(11) Y desde esto ovieron pasado.

(12) El infante Turián.

(13) Pues vos sois todo mi bien.

(14) Pues.

(15) Mi alma.

(16) No queráis así llorar.

de todas las mis tierras (1)—vos podréis señorear.»

La infanta respondiera—con alegre voluntad :

—«Vuestra soy, señor infante,—y á todo vuestro mandar;
una merced os suplico—que me queráis otorgar.»

El infante que esto oyera,—bien oiréis lo que dirá :

«Mándame (2), señora mía,—pues que estoy á tu mandar» (3).

«Decidme, señor infante,—que Dios vos quiera guardar,
si vos sois fijo de rey—ó de infante natural.»

«Fijo soy del rey Canamór,—á mí llaman Turián (4),
y la reina Leonela —es mi madre natural.»

La infanta con gran placer (5)—fuéselo luego á abrazar.

Otro día de mañana—comienzan de caminar (6),
el viento les face malo,—y gran tormenta en la mar.

Allí habló un marinero—que rabia debiera matar (7) :

«Esta tormenta, señores,—que veis por la mar andar,
es á causa de Floreta (8)—y tambien de Turián (9),

porque conviene, señores,—á la infanta matar,
para salvar nuestra vida—de todos en general (10) :

que (11) si viva la dejamos —no podrémos navegar.»

Estas palabras decía—á excusas (12) de Turián;

que si él allí estuviera—luego lo mandara matar.

Entrado han en consulta—para Floreta matar.

Apartado había el conde—al infante en poridad,
con lágrimas de sus ojos—le empezara (13) de hablar :

«Fijo mío muy amado,—fijo mío Turián,

á tu querida Floreta—ordenamos de matar

por esta tormenta fuerte—que veis andar en la mar,

que vuestro pecado y suyo (14)—á Dios le hace pesar »

El infante que esto oyera—empezó de desmayar (15);

(1) Y que todas las mis tierras.

(2) Mandadme.

(3) Á vuestro mandar.

(4) Y á mí me llaman Turián.

(5) Falta el *gran*.

(6) Á caminar.

(7) Debía.

(8) Es causa dello Floreta.

(9) Y el infante Turián.

(10) Y la de todos en general.

(11) Y.

(12) En ausencia.

(13) Empezaba.

(14) Y el suyo.

(15) Mortecido en tierra cae.

mas despues que en sí tornó,—bien oiréis lo que dirá :
—«No lo quiera Dios del cielo—que tal haya de pasar,
que aunque la matéis, el conde,—por eso no ha de cesar;
antes me matad á mí,—pues lo fui yo á causar.»
Allí respondiera el conde,—tal respuesta le fué á dar :
«Ninguna excusa (1), el infante—vos viene (2) de aprovechar ;
que no andamos en vuestra muerte (3),—sino por á vos sal-

[var (4),

que el buen rey, vuestro padre, — me fué en vos encomen-
que vos allegase al bien —y vos apartase del mal (6), [dar (5) :
procurase por vuestra honra—procurase de vos honrar (7);
y agora que veo el daño—yo vos entiendo de apartar» (8).
Estas palabras diciendo—de allí se va Turián,
triste vá sin alegría—muy lloroso con pesar.

Á decillo va á Floreta—en la cámara do está (9) :

«Nuevas os traigo, señora,—que no las puedo contar,
que lastiman mi corazón (10)—y me facen desesperar (11);
que el conde y mis caballeros—vos ordenan de matar.»
La infanta que esto oyera—en el suelo muerta está (12);
mas despues que en sí tornó,—bien oiréis lo que dirá :
—«Bien parece, mi señor,—mi querido Turián,

que en ser yo de tierra extraña—mi pecado es desigual,
para haberos de perder—y hacer tormenta en la mar;
mas yo ruego á Dios del cielo (13)—que me haya de sal-

[var (14),

pues me sacaste, el infante (15)—de mi reino natural,
de mi huerta y mi castillo,—y de mi rico (16) parral.»

(1) Ninguna cosa.

(2) Os tiene.

(3) Que no buscamos vuestra muerte.

(4) Si no cómo os salvar.

(5) Á mi vos fué á encomendar.

(6) Que del mal os desviase
y al bien os hiciese allegar.

(7) Por la tierra y por la mar.

(8) Yo vos querría librar.

(9) Á la estancia adonde está.

(10) Que lastiman la mi alma.

(11) Y me causan gran pesar.

(12) Muerta cae.

(13) Falta el yo.

(14) Que me quiera salvar.

(15) Pues me sacastes, infante.

(16) Fresco.

Con lágrimas de sus ojos—su gesto se fué á turbar,
que no parece Floreta,—amiga (1) de Turián.
Con estas palabras tales—al infante face llorar.
Ellos en aquesto estando—el conde llegado ha,
con todos los caballeros—para Floreta tomar;
entrado han muy apriesa—tomado han á Turián,
átanle los pies y manos—por el miedo que le han.
El infante que le viera (2),—bien oiréis lo que dirá :
—«Dejadme, el conde mi tío,—y no me trateis tan mal (3),
dejadme hablar (4) agora,—y dejadme consolar (5) :
que los yerros por amores—dignos son de perdonar (6).
¡Ay, mi señora Floreta,—ay, mandadme perdonar! (7)
que no vos puedo valer, señora,—no vos puedo remediar;
y si vos morís agora—quieráseos (8) acordar
de aquel que murió en la cruz—por todo el mundo salvar.»
Estas palabras diciendo—por el suelo se va echar (9),
llorando de los sus ojos—que quería reventar.
Desque esto oyera (10) Floreta,—tal respuesta le fué á dar :
«¡Oh Turián, mi señor,—no vos querades (11) lastimar,
que esta muerte está ordenada—que yo había de pasar!» (12)
Allí hablara el infante—muy presto sin detardar :
«Pídoos por merced, el conde,—y querádesme escuchar (13),
que no mateis á la infanta (14)—ni la querades matar (15),
mas llévenla á aquella roca (16)—que estaba en medio la
[mar» (17).
«Pláceme, dijo el buen (18) conde,—pláceme de voluntad.»

(1) Ser amiga.

(2) Que esto viera.

(3) Dexadme, el conde mi tío,
no me queráis maltratar.

(4) Dexádmela hablar.

(5) Dexádmela aconsolar.

(6) Verso del romance del conde

Cidros.

(7) Falta este verso en Gallardo.

(8) Quiérase vos.

(9) Á echar.

(10) Oyó.

(11) No vos queráis.

(12) Que por mi haya de pasar.

(13) Que me queráis.

(14) Falta el á.

(15) Ni la querades hacer mal.

(16) Peña.

(17) Que está en medio de la mar.

(18) Falta el buen.

Ya se parten con Floreta,—ya se parten, ya se van (1);
 déjanla en aquesta roca (2)—que en medio la mar está.
 De su historia por agora—no se puede más contar;
 quien la quisiera (3) saber,—procure de la buscar:
 que este romance se fizo,—se fizo para cantar (4);
 el cual fué hecho y trobado,—por Fernando de Villareal (5).

(Pliego suelto de la Biblioteca de Praga, *Romance nuevamente trobado del infante Turían y de la infanta Floreta*. Apud Wolf, *Sammlung*, 251.—*Romance nuevamente imprimido del infante Turían y de la infanta Floreta*. Apud Gallardo, *Ensayo de una Biblioteca española de libros raros y curiosos*, I, 1215-1219. Seguimos el texto de Wolf que parece más antiguo: las variantes son del de Gallardo.

- (1) Para dejalla en la mar.
 (2) En aquella peña.
 (3) Quisiere.
 (4) No mas de para cantar.

(5) Este verso en que consta el nombre del juglar que hizo ó remendó este romance falta en el pliego suelto que vió Gallardo, pero está en el de Praga. Por esta razón de tener autor conocido (si es autor realmente) le omitió Wolf en la *Primavera*, aunque la misma regla hubiera podido aplicar á *El conde Alárco*, que lleva en varias ediciones el nombre de Pedro de Riaño. Por lo demás, es evidente que los largos romances juglarescos, que abundan tanto en el ciclo carolingio, carecen, conste ó no su autor, del carácter objetivo é impersonal propio de la primitiva poesía épica, y son elaboraciones de un versificador más ó menos hábil, que utiliza siempre elementos preexistentes, ó combina fragmentos épicos de diversas canciones.

El que escribió el romance del *infante Turían* se inspiró en un libro de caballerías en prosa que lleva por título *La historia del rey Canamór y del infante Turían su hijo y de las grandes aventuras que ovieron... Sevilla, por Jacobo Cromberger, alemán, 1528. á 18 días de Julio*. Hay otras ediciones, todas de Sevilla, 1546, 1550, 1558, 1567, rarísimas todas.

42.

Romance nuevamente hecho por Andrés Ortiz, en que se tratan los amores de Floriseo y de la reina de Bohemia.

¡Quién oviese tal ventura—en haberse de casar
 comó ovo Floriseo—cuando se fué á desposar,
 que de grande alegría—no podía reposar!
 Y la causa fuera esta:—que se lo envió á llamar
 esa linda noble reina,—de Bohemia natural.
 Él no era perezoso,—allá la fuera á hablar,
 las rodillas por el suelo—la empezó de interrogar:
 «¿Qué hacéis vos, mi señora,—flor de toda la beldad,
 que desde el día que os ví—yo no puedo sosegar?
 Socorrédme, mi señora,—no perezca deste mal.
 (Y con grande acatamiento—él se la fuera á besar.)
 Perdonádmme, mi señora,—pues que sois de tal bondad:
 que los yerrós por amores—dinos son de perdonar.»
 Ella con grande mesura,—así le fuera á hablar:
 «Floriseo, Floriseo,—yo estoy presta á tu mandar,
 que el amor que yo te tengo—me hace desesperar;
 dóime del todo por tuya—para contigo casar.»—
 «Beso las manos, señora,—ella me las quiera dar
 por tan grande beneficio—que ella me quiso otorgar;
 yo estoy presto para hacerlo,—y por tal me quiero dar.»
 Y con grande alegría—allí se van abrazar:
 á una cama muy hermosa—allí fueron á holgar,
 y con besos amorosos—empiezan de retozar.
 Allí estuvieron holgando—fasta hora de yantar.
 Cartas les fueron venidas—que era dolor de escuchar,
 y lo que en ellas venía—á ellos parecía mal:
 que ese infante don Etón—con el reino alzado se ha.
 Floriseo con enojo—muchas naves mandó armar,

dándoles muy grande priesa—por haber de navegar.
 Ya las gentes están juntas—que querían caminar,
 cuando se iba Floriseo—para la reina hablar,
 y con grande sentimiento—della despedido se ha :
 «Abrazádme, mi señora,—vos me queráis abrazar,
 que muy presto seré vuelto;—no vos queráis enojar.»
 Ella con grande dolor—no le podía hablar :
 «¡Ah, mi señor Floriseo,—amador de la bondad,
 y qué triste es la partida—para mí de gran pesar :
 yo rogaré al rey divino—que os deje de allá tornar!»
 «Y á vos, la mi señora,—tambien os quiera guardar.»
 Ya se parte Floriseo,—ya empieza de navegar,
 y andando por sus jornadas—al reino llegado ha.
 En medio año que allí estuvo—el reino ganado ha.
 Ya se parte Floriseo,—ya se parte, ya se va
 á esa ínsula, encantada—se decía, allá se va,
 porque era deleitosa,—allí quiere reposar.
 Andando por sus jornadas—allá fuera aportar,
 y todos los de la isla—á recibírsele van
 con tan grande alegría—que no lo puedo contar.
 Los suyos le hacen fiesta—por haberle de alegrar,
 y muy grandes monterías—en un bosque armado han.
 Desde lo ovieron corrido—riberas de mar se van.
 Allí estando en alegría—en pesar tornado se ha,
 porque á deshora vino—en un barco por la mar;
 lo que en el barco venía—era cosa de mirar :
 que venía entretejido—con ramas verdes de arrayán,
 y de aquel barco salía—una música de amar.
 Él estándolo mirando—del barco vieron saltar
 una doncella hermosa—que cantando iba un cantar :
 las aves que van volando—al suelo hace abajar,
 los peces que están nadando—todos juntos hace estar;
 las naves que van remando—no podían navegar,
 y con este dulce canto—que era gloria de escuchar,
 caballera en un pez—al suelo fuera á saltar,
 fuérase para las tiendas—y empieza así de hablar :

«¿Quién es aquí Floriseo—que le vengo á buscar
 de parte de mi señora—que dé he necesidad?»—
 Floriseo que allí estaba—la empezara de hablar :
 «Yo soy ese, la doncella—que vos andáis á buscar.»
 Ella desde lo vido—empezóle de hablar :
 «Caballero Floriseo,—pues que sois de tal bondad,
 mi señora á vos me envía—que la queráis mamparar
 de una muy grande injuria—que allá levantado le han;
 porque sabiendo que sois acorro—y de viudas mamparar,
 á vos me envía, señor,—que le queráis ayudar.
 Yo os llevaré con placer—en aquel barco á descansar,
 porque quien en aquel va—no recibe mal pesar;
 por eso, señor amado,—vámonos allá á holgar.»
 Floriseo desde la oyó—tal respuesta le fué á dar :
 «¡Ay, doncella muy amada,—no me queráis vos llevar!
 Porque yo estoy de partida,—no podría allá llegar,
 porque (he) de ir á Constantinopla—con el emperador hablar
 de un negocio que me dió—que me quiso encargar,
 yo de dalle allí la cuenta—no puedo dello faltar.»
 La doncella que esto vido—muy triste tornado se ha,
 porque él no iba con ella—ni ella le podía llevar;
 mas como era mañosa—tal remedio fué á tomar :
 y era que tocó un laud—y empezara de cantar.
 La canción que ella decía—era gloria de escuchar :
 á todos los que la oían—adormecido los ha.
 Así hizo á Floriseo—que en el suelo vido estar;
 desde lo vido dormido—en un barco lanzado le ha,
 y tañendo con su música—á un castillo llegado ha.
 Su señora que lo supo—muy alegre tornado se ha,
 y echándole en una cama—pensando allí de matalle,
 con unguento que le puso—sin acuerdo lo ha tornado.
 Desde lo vido despierto—dél se había enamorado,
 y con grande acatamiento—por amigo lo ha tomado.
 Allí estuvo Floriseo—placentero, muy amado,
 por amor de los hechizos—que le habían encantado.
 Muy gran honra le hacía—la reina lasciva á su amado.

En un vergel muy hermoso—con él se anda deleitando,
 y con muy grande vergüenza—á la cama lo ha llevado.
 Allí estuvieron los dos—hasta que el sol fué rayado.
 Así quedó Floriseo—en la menor India encantado.
 Y tornando á sus criados,—desque hubieron despertado,
 llorando de los sus ojos—por un bosque lo han buscado.
 Muy penosos con gemidos—á la reina se han tornado :
 «Nuevas os traemos, señora,—de que habréis gran quebran-
 La reina que esto oyera,—un salto el corazón le ha dado, [to.]»
 y con muy grande agonía—les había preguntado.
 Allí hablara Gesipo,—bien oiréis lo que ha hablado :
 «Señora, no os enojéis—que Floriseo es encantado.
 Llévalo una doncella,—no sabemos á qué cabo.»
 La reina que esto oyera—la color se le ha mudado,
 y con muy grandes suspiros—caído había de su estado.
 «¡Ay de mí triste, cuitada,—que he perdido á mi amado!
 ¡Oh fortuna desdichada,—que muy mal me has tratado!
 Sin yo te lo merecer—me has quitado mi descanso.»
 Su doncella Piromencia—se la iba á consolar :
 «No vos enojéis, señora,—ni toméis tal pesar,
 que Floriseo es vivo—no le queráis vos llorar.»
 Y la reina que esto oyera—algo consolado se ha.
 Y ellas estando en aquesto—nuevas llegado les han :
 que ese duque Perineo—con doce llegado ha
 caballeros esforzados—que la venían á buscar.
 La reina que esto oyera—á recibírselo va.
 Allí estuvieron los dos—con tristeza y con pesar,
 el uno por su hijo,—y el otro por su amor.
 Un concierto han tomado—que le fuesen á buscar.
 Una dueña Perimencia—dél nuevas dado les ha :
 que Floriseo está encantado,—que en la menor India está.
 Perineo que esto oyera—muchas gracias dado le ha,
 porque ya lleva esperanza—que lo había de hallar.
 Y con este buen concierto—se empiezan de aparejar,
 y se ponen en camino—para haber de irlo á buscar.
 Y tornando á Floriseo—dél vos quiero contar,

que como estaba encantado—no siente donde se está,
 salvo que tiene su esfuerzo—que no le podía faltar,
 que venció grandes batallas,—que es muy grave de contar.
 Así estuvo muy gozoso—con la reina á voluntad;
 allí hubieron un hijo—que fuera de gran bondad,
 Ellos estando en esto—allí lo vino á buscar
 ese noble de Filoto—que le amaba con verdad.
 Con una voz amorosa—le empezó de pescudar :
 «¿Dónde está, Floriseo,—que le vengo yo á buscar,
 que me dicen que está aquí—y que aquí suele posar?»—
 Allí habló una doncella,—y empezara de hablar :
 «Entres tú acá, caballero,—que acá dentro le verás.»
 Filoto, no se guardando—en el castillo entrado ha,
 y entrando que él entró—en el caballo vuelto se ha,
 y así estuvo en esta pena—hasta Perineo llegar
 que andando por sus jornadas—no cesa de caminar,
 hasta que por su ventura—allí fuera aportar
 á ese puerto de la India,—y al castillo fué á llegar.
 Armado de todas armas—empezara de hablar :
 «¿Qué es de aqueese caballero,—que con él me he de matar
 por las grandes sinrazones—que en este reino hecho ha?»
 Un portero que esto oyera—á la reina dicho lo ha.
 La reina desde lo supo—tomó tristeza y pesar,
 lo uno por que (á) Floriseo—tan presto se lo han de llevar,
 lo otro, porque entendía—que no había dél gozar;
 y con gran ira crecida—á Floriseo fué á enviar
 para haber de hacer armas—y aquel caballero matar.
 Ya se arma Floriseo—para su padre matar
 con muy relucientes armas—que era gloria de mirar.
 Las puertas le han abierto—para salir á lidiar.
 Su padre que así le vido—le empezara de mirar,
 los ojos llenos de agua—empezara así á hablar :
 «Aquel es mi Floriseo—en su cuerpo y menear.
 ¡Oh sin ventura de viejo,—cómo tengo gran pesar,
 que tengo delante mi hijo,—y he con él de lidiar!»
 Y tomando una lanza—para habello de encontrar,

danse tan grandes encuentros—que era dolor de mirar.
 Y andando en su batalla—el duque empieza á hablar:
 «Esperáos, el caballero—que os quiero un poco hablar,
 y es que os pido de mesura—que el yelmo os queráis quitar.»
 Floriseo que esto oyera—tal respuesta le fué á dar:
 «Pláceme el caballero,—pláceme de voluntad»
 Y el duque desque lo vido—así le fuera á hablar:
 «¡Oh mi hijo muy amado—no me queráis maltratar,
 que yo soy el vuestro padre,—por vos pasé tanto mal!»
 Floriseo no lo oía,—ni quería le escuchar
 por amor que está encantado,—ni sentía bien ni mal.
 Desque esto vido el duque—por su preso dado se ha,
 y así fueron al castillo—adonde la reina está.
 Ella con grande alegría—á recibírselo va;
 grande honra le hacía—á Perineo sin dudar,
 y desencantó á Floriseo—por á él más agradar.
 Y estuvieron muy alegres—de lo que vieron pasar:
 que miran hecho al enano—mona con muy gran corax.
 Allí estuvieron viciosos—que era gloria de mirar,
 y con grande acatamiento—della despedido se ha.
 La reina recibió pena—por velle de sí apartar;
 mas con lágrimas secretas—se lo fuera ella (á) abrazar,
 y así se fué Floriseo,—y empieza de caminar.
 Andando por sus jornadas—á Constantinopla llegado ha.
 Saliendo de un monasterio—un caballero vía asomar,
 llorando venía, llorando—que era dolor de mirar.
 Floriseo que lo vido—empezóle de hablar:
 «¿Qué habeis, el caballero?—No me lo queráis negar.»
 —«Señor, es mi dolor tan grande—que no os lo puedo contar:
 que ese duque de Macedonia—muy mal parado me ha,
 que está puesto aquí en un paso—para habello de guardar,
 por amor de una doncella—de Bohemia natural;
 háse de casar con ella—esta noche sin dudar.»—
 Floriseo que esto oyó—tomó tristeza y pesar,
 y con muy grande enojo—con él fuera á pelear,
 el cual por su grande esfuerzo—le venció y quiso matar.

El emperador con gran fiesta—consigo llevado le ha,
 y muy grandes alegrías—en el palacio hecho se han;
 si muy más las sentía—esa reina con su amar.
 Allí estuvieron un tiempo—por él mas se aconsolar.
 Y despues para su reino—muy presto vuelto se han,
 en el cual estuvieron—con gran gozo y descansar.
 Así acaba este romance—dando fin á mi hablar.
 Y á vosotros, los lectores,—vos me queráis perdonar (1).

(Pliego suelto de la Biblioteca de Praga, en Wolf, *Sammlung*, 259-263.—Pliego suelto de la Biblioteca de Campo Alange, hoy de la Nacional, en Gallardo, *Ensayo*, III, 222-227).—Durán, *Romancero General*, número 257. Este último hizo algunas correcciones atinadas, con objeto de regularizar el lenguaje y la versificación, pero aquí prescindimos de ellas, según el sistema adoptado en nuestra publicación.)

43.

Romance del infante vengador.

Helo, helo por do viene—el infante vengador,
 caballero á la gineta—en caballo corredor;
 su manto revuelto al brazo,—demudada la color,
 en la su mano derecha—un venablo cortador,
 el hierro fecho en Vizcaya—y el hasta en Aragón.
 Siete veces fué templado—en la sangre de un dragón,
 otras tantas se ha amolado—porque cortase mejor:

(1) Inclúyese aquí este romance juglaresco por las mismas razones que el anterior. Su argumento está tomado de un libro de caballerías cuyo título es *Floriseo que por otro nombre es llamado el Caballero del Desierto, el qual por su gran esfuerzo y mucho saber alcanzó á ser rey de Bohemia. Compuesto por Fernando Bernal. Valencia, por Diego Gumiel á 10 de Mayo de 1516.*

Como todos los romances de su clase, el presente contiene muchas reminiscencias de las genuinas canciones populares. Copia versos del *conde Claros* y del *conde Arnaldos*.